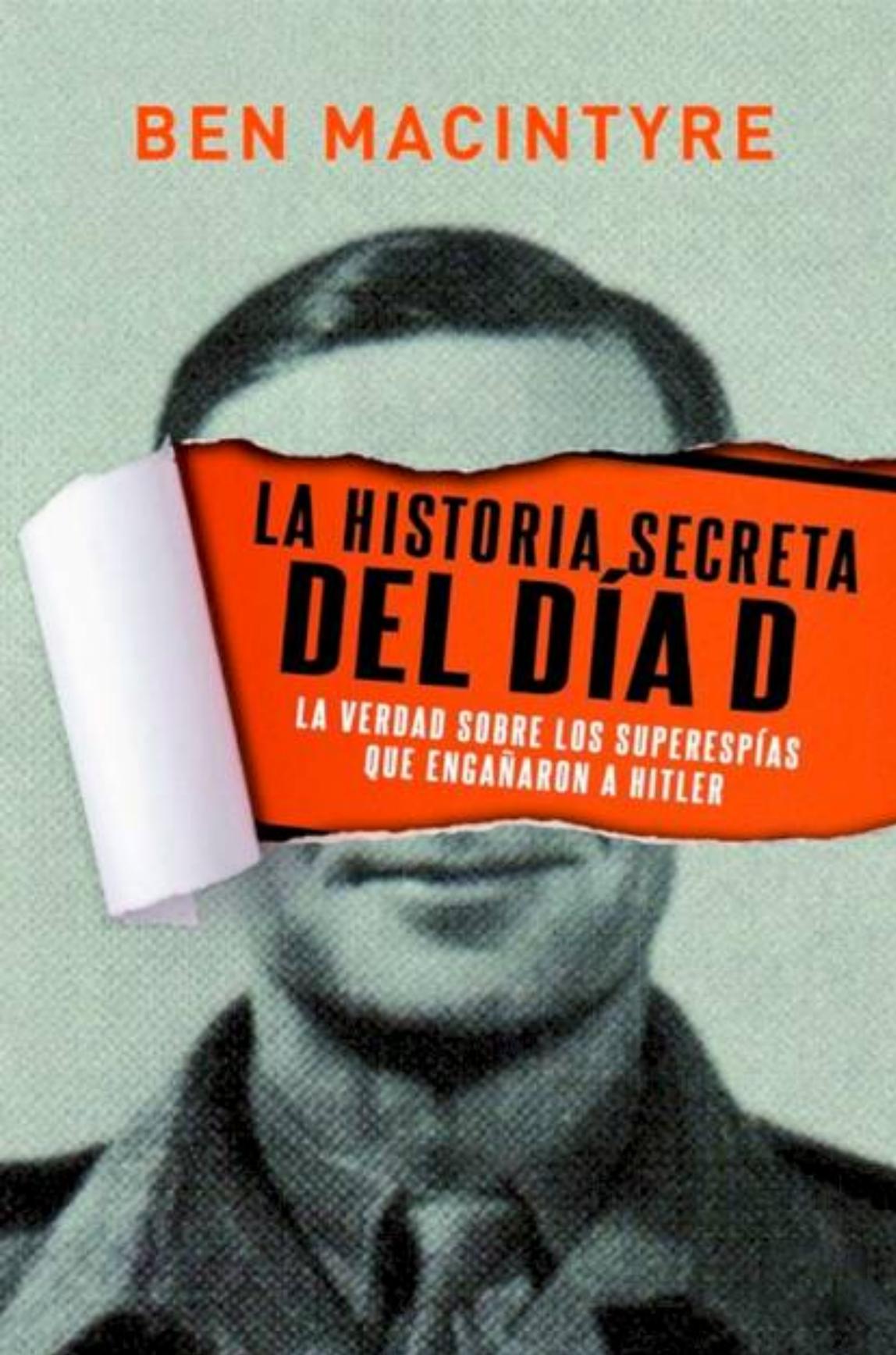


**BEN MACINTYRE**



**LA HISTORIA SECRETA  
DEL DÍA D**

LA VERDAD SOBRE LOS SUPERESPÍAS  
QUE ENGAÑARON A HITLER

La historia de los agentes dobles que engañaron a la Alemania nazi y contribuyeron al éxito del desembarco en Normandía es bien conocida. O así lo creíamos. Porque esta es la primera vez que estos personajes y sus actos se han investigado a fondo con la documentación de los archivos del Servicio Secreto británico, y lo que Ben MacIntyre —uno de los más prestigiosos investigadores del mundo del espionaje, autor de «El agente Zigzag» y de «El hombre que nunca existió»— ha descubierto es que lo que los propios protagonistas contaron en sus memorias no era toda la verdad. MacIntyre profundiza en la realidad humana de estos espías —Juan Pujol «Garbo», Roman Czerniowski «Brutus», Dusan Dusko «Popov», Elvira de la Fuente, Lily Sergeyev— y de los numerosos personajes de los servicios de información alemanes y británicos entre los que se movían para descubrirnos la verdadera historia de unos seres «valientes, traicioneros, inseguros, codiciosos e inspirados» que llevaron a cabo una obra maestra de engaño, nunca plenamente revelada hasta ahora, que salvó incontables vidas.

Para Callum, Pablo, Minnie y Wilf.

Enredos dentro de enredos, complots y contracomplots, tretas y engaños, cruces y traiciones, agentes auténticos, agentes falsos y agentes dobles, oro y acero, la bomba, la daga y el pelotón de fusilamiento, estaban entretejidos en muchos, formando una textura tan intrincada como para ser increíble y sin embargo era verdadera.

WINSTON CHURCHILL<sup>[1]</sup>

El enemigo no debe saber dónde pretendo dar batalla. Ya que si no sabe dónde pretendo dar batalla debe prepararse en muchos sitios. Y cuando se prepara en muchos sitios, aquellos a los que tengo que combatir en cada uno de los lugares serán pocos. Y cuando se prepara en todas partes será débil en todas partes.

SUN TZU<sup>[2]</sup>



## Los agentes y sus preparadores

### **Dusan «Dusko» Popov**

Nombre en clave del MI5: Triciclo, Skoot.

Oficial de caso del MI5: Billy Luke, Ian Wilson.

Nombre en clave de la Abwehr: Ivan.

Oficial de caso de la Abwehr: Ludovico von Karsthoff, Johnny Jebsen.

### **Roman Czerniawski**

Nombre en clave del MI5: Bruto.

Oficial de caso del MI5: Christopher Harmer, Hugh Astor.

Nombre en clave de la Abwehr: Hubert.

Oficial de caso de la Abwehr: Oscar Reile.

### **Lily Sergejev**

Nombre en clave del MI5: Tesoro.

Oficial de caso del MI5: Mary Sherer.

Nombre en clave de la Abwehr: Solange, Vagabundo.

Oficial de caso de la Abwehr: Emile Kliemann.

### **Juan Pujol García**

Nombre en clave del MI5: Garbo, Bovril.

Oficial de caso del MI5: Tomás Harris.

Nombre en clave de la Abwehr: Arabel.

Oficial de caso de la Abwehr: Karl-Erich Kuhlenthal.

### **Elvira de la Fuente Chaudoir**

Nombre en clave del MI5: Bronx, Cyril.

Oficial de caso del MI5: Christopher Hamer, Hugh Astor.

Nombre en clave de la Abwehr: Dorette.

Oficial de caso de la Abwehr: Helmut «Bibi» Bleil, Berndt  
Schluetter.

## Prólogo

En el verano de 1943, un oficial de inteligencia refinado y de voz suave, con pantalones de tartán y que fumaba en pipa, dio los últimos toques a un arma secreta en la que había estado trabajando durante más de tres años. Esta arma —única en su potencia e ilimitada en su alcance— era muy distinta de cualquier otra fabricada antes o después. Estaba tan envuelta en un velo de silencio que sus inventores, durante algún tiempo, no fueron conscientes de que la tenían y no estaban seguros de cómo utilizarla. Esta arma no mataba o mutilaba. No dependía de la ciencia, la ingeniería o la fuerza. No destruía ciudades, hundía submarinos alemanes o atravesaba la armadura de los Panzer. Hacía algo mucho más sutil. En lugar de matar al enemigo, podía entrar en sus cabezas. Podía hacer que los nazis pensaran lo que los británicos querían que pensaran, y así hacer lo que los británicos querían que hicieran.

Tar Robertson, del MI5, había creado un arma que podía mentir a Hitler, y, en el momento más crítico de la segunda guerra mundial, apremió a Winston Churchill para que la utilizara.

Los planificadores militares aliados ya estaban trabajando en los planes para el gran asalto a la Europa ocupada por los nazis. La invasión del Día D, esperada durante tanto tiempo, iba a decidir el resultado de la guerra y ambos bandos lo sabían. Si los Aliados podían cruzar el canal de la Mancha y abrirse paso a través de las defensas costeras alemanas conocidas como el «Muro Atlántico», entonces los nazis podían ser expulsados de París, Bruselas y después,

atravesando el Rin, todo el camino hasta Berlín. Sin embargo, Hitler estaba convencido de que si se podía resistir de manera eficaz ante los invasores en los primeros compases de un ataque, incluso durante un día, entonces el ataque fracasaría; la moral de los Aliados se derrumbaría, y transcurrirían muchos meses antes de que se pudiera intentar otra invasión. En ese plazo de tiempo, Hitler podía concentrarse en destruir al Ejército Rojo en el frente oriental. Las primeras veinticuatro horas serían, en las famosas palabras de Erwin Rommel, «el día más largo»: cómo acabara ese día no era nada seguro.

En la actualidad el Día D se erige como una victoria monumental y, en retrospectiva, como históricamente inevitable. En aquel momento no parecía que fuera así. Los ataques anfibios están entre las operaciones más difíciles de la guerra. Los alemanes habían construido una «zona de la muerte» a lo largo de la costa francesa, con una profundidad de más de ocho kilómetros, una pista de obstáculos letal compuesta de alambre de espino, cemento y más de seis millones de minas, detrás de la cual había emplazamientos de artillería pesada, puestos de ametralladoras y búnkeres. Como observó en una lúgubre entrada de su diario justo antes del Día D el mariscal de campo sir Alan Brooke, jefe del estado mayor imperial: «Puede ser perfectamente el más terrible desastre de toda la guerra».<sup>[3]</sup>

En la guerra no hay una variable más importante, y más difícil de controlar, que el elemento sorpresa. Si los alemanes podían ser confundidos o, aún mejor, engañados activamente respecto al lugar y el momento en el que iban a tener lugar los desembarcos, entonces las posibilidades de éxito mejoraban de forma drástica. Las fuerzas alemanas en la Francia ocupada superaban con amplitud a los invasores, pero si podían ser mantenidos en el lugar equivocado en el momento adecuado, entonces la ecuación numérica parecía menos sobrecogedora. En 1944 la guerra se estaba cobrando las vidas de diez millones de personas al año. No

podía haber más en juego y el margen de error no podía ser menor.

En la conferencia de Teherán, en noviembre de 1943, el primero de los encuentros de los «Tres Grandes» que juntaron a Churchill, Roosevelt y Stalin, los Aliados establecieron planes para la invasión de Europa, con el nombre en clave de «Operación Overlord», que tendría lugar en mayo de 1944 (posteriormente se retrasó un mes), con el general Dwight Eisenhower como comandante supremo aliado, y el general Bernard Montgomery como comandante de las fuerzas terrestres aliadas, para el ataque a través del canal de la Mancha. Durante la conferencia, Winston Churchill se volvió hacia Josef Stalin y profirió el típico comentario churchilliano que, desde entonces, se ha convertido en una especie de mito: «En tiempos de guerra, la verdad es tan preciosa que siempre debería estar protegida por una sarta de mentiras».<sup>[4]</sup> Stalin, que tenía poca paciencia para las metáforas literarias, contestó: «Esto es lo que llamamos astucia militar».<sup>[5]</sup> La invasión del Día D iba a estar protegida y apoyada por una campaña integral y mundial de engaño, un conjunto de mentiras para ocultar la verdad: en reconocimiento por la observación de Churchill se le puso el nombre en clave de «Bodyguard».<sup>[6]</sup>

El objetivo principal de la Operación Bodyguard era engañar a los alemanes para que creyeran que la invasión llegaría a un punto que no era, y que no llegaría al lugar que era. Y aún más, para asegurarse de que esas tropas que se estaban preparando para rechazar la falsa invasión no eran desplegadas para repeler la auténtica, el engaño debía mantenerse *después* del Día D. Solo se podía poner en su sitio a Goliat si no sabía de dónde le venía la honda de David, y si se quedaba intentando averiguarlo. La horquilla para lograr el objetivo de una invasión a través del Canal era extremadamente estrecha. Los alemanes estaban seguros de localizar la acumulación de tropas en Gran Bretaña, y

dado que el ataque debía tener lugar a una distancia de alcance de los cazas, solo había un puñado de lugares adecuados para un desembarco masivo. En palabras de uno de los planificadores, era «completamente imposible ocultar el hecho de que el ataque principal tendría lugar en algún punto entre la península de Cherburgo y Dunquerque».<sup>[7]</sup>

El objetivo más obvio era el paso de Calais, en el noroeste, la región más cercana a la costa británica. Los puertos de aguas profundas de Calais y Boulogne podían ser fácilmente abastecidos y reforzados una vez que cayeran en manos de los Aliados, y la cabeza de puente en Calais ofrecería la ruta más directa para una marcha hacia París y el corazón industrial alemán en el Ruhr. La lógica de atacar Calais no pasó desapercibida para los estrategas alemanes. El propio Hitler identificó Calais como el objetivo más probable: «Es ahí donde el enemigo debe atacar y atacará, y es ahí —a menos que todos los indicios sean engañosos— donde tendrá lugar la batalla decisiva contra las fuerzas de desembarco».<sup>[8]</sup> Hitler estaba completamente alerta respecto a la posibilidad de ser engañado: le habían pillado por sorpresa las invasiones del norte de África y de Sicilia. Iba a ser mucho más difícil de engañar en esta ocasión.

En julio de 1943 los planificadores militares aliados habían llegado a la conclusión de que, «en lugar de las ventajas evidentes que proporciona el paso de Calais por su proximidad a nuestras costas», la costa de Normandía al norte de Caen representaba un mejor objetivo. Las playas de Normandía eran largas, anchas y con pendientes suaves, con brechas adecuadas en las dunas a través de las cuales una fuerza invasora podría desplegarse rápidamente tierra adentro. La ausencia de un fondeadero de aguas profundas se resolvería de manera ingeniosa mediante la construcción de enormes puertos artificiales, llamados en clave «Puertos Mulberry».

El exitoso engaño que había rodeado los desembarcos en Sicilia de 1943 había convencido a los alemanes de que el objetivo más probable *no* era el objetivo real. Ahora el propósito se invirtió: había que hacer creer a Hitler que el objetivo más verosímil *era* el objetivo. A lo largo del poderoso Muro Atlántico, su espesor era menor en Normandía. Es ahí donde golpearía la bola de demolición. Pero para golpear con el máximo efecto, la verdad necesitaría ser protegida por una sarta de mentiras, que es precisamente lo que Tar Robertson había creado.

Robertson y el pequeño equipo de oficiales de inteligencia bajo su mando estaban especializados en convertir a los espías alemanes en agentes dobles. Este era el «Sistema de la Doble Cruz», coordinado por el intensamente secreto Comité Veinte, llamado así porque el número veinte en romanos, XX, forma una doble cruz. Hasta entonces esos agentes dobles —varias docenas— habían sido utilizados de manera defensiva: para captar a más espías, obtener información sobre la inteligencia militar alemana, y tranquilizar al enemigo para que creyera que estaba dirigiendo una amplia y eficaz red de espionaje en Gran Bretaña, cuando en realidad no estaba haciendo nada de eso. En junio de 1943, Robertson llegó a la sorprendente conclusión de que todos y cada unos de los agentes alemanes en Gran Bretaña estaban realmente bajo su control. No algunos, no la mayoría, sino *todos* ellos, lo que quería decir que el equipo de agentes dobles de Robertson ahora podía comenzar a alimentar a los alemanes no solo con fragmentos de falsedad, sino con una mentira gigantesca capaz de cambiar el curso de la guerra.

El complot para el engaño del Día D implicaba a cada división de la maquinaria de la guerra secreta: los científicos dejaban pistas falsas, los ingenieros fabricaban tanques falsos, los operadores de radio creaban un aluvión de señales falsas, y los falsos generales dirigían ejércitos inexistentes hacia objetivos que nunca estuvieron en peligro. Mien-

tras que la campaña conjunta y global de engaño fue bautizada con el nombre en clave de «Guardaespaldas», el plan que cubría específicamente la invasión a través del Canal, el elemento fundamental del engaño, fue llamado «Fortitude» (Fortaleza), la cualidad más esencial para su éxito. Operación Fortaleza, el engaño para encajonar a las tropas alemanas en el paso de Calais y mantenerlas allí, era un esfuerzo colectivo extraordinario, pero en su núcleo dependía de los espías de Robertson, y de una red de engaño tan intrincada y fuerte que atraparía a los ejércitos de Hitler y ayudaría a llevar a miles de soldados sanos y salvos a través del canal de la Mancha.

La historia militar del Día D se ha descrito muchas veces, y el papel de la Operación Fortaleza en esa victoria, aunque mantenido durante mucho tiempo en secreto, ha ido surgiendo lentamente desde la guerra. Pero la historia de los cinco espías que formaron el núcleo del sistema de la Doble Cruz, las armas secretas de Robertson, nunca se había contado en toda su extensión hasta ahora. Los propios espías esperaban que su historia permaneciese oculta, como así hubiera sido si el Servicio de Seguridad (mejor conocido como MI5) no hubiese decidido, en los últimos años, desclasificar sus archivos de espionaje en tiempos de guerra. En efecto, si sus historias se hubieran contado en aquel momento, nadie las hubiera creído.

Porque los espías del Día D eran, sin duda alguna, una de las unidades militares más extrañas que se hayan reunido nunca. Incluían a una mujer de mundo, bisexual y peruana, un pequeño piloto de caza polaco, una francesa voluble, un serbio seductor y un español profundamente excéntrico con un título de criador de pollos. Todos juntos, bajo la guía de Robertson, proporcionaron todas las pequeñas mentiras que, juntas, crearon la gran mentira. Su éxito dependía de la delicada y dudosa relación entre los espías y sus jefes, tanto alemanes como británicos.

Esta es una historia de guerra, pero también trata de las cualidades matizadas de la psicología, el carácter y la personalidad, de la delgada línea entre fidelidad y traición, verdad y falsedad, y el extraño impulso del espía. Los espías de la Doble Cruz fueron diversos, valerosos, traicioneros, caprichosos, avariciosos y geniales. No eran héroes evidentes, y su organización fue traicionada desde dentro por un espía soviético. Uno de ellos estaba tan obsesionado con su perro que estuvo a punto de hacer fracasar toda la invasión. Todos eran, en alguna medida, fanáticos, ya que esta es la verdadera esencia del espionaje. Dos de ellos eran de dudosa moral. Uno era agente triple, y probablemente cuádruple. Para otro el juego terminó con la tortura, la cárcel y la muerte.

Todas las armas, incluyendo las secretas, son susceptibles de que les salga el tiro por la culata. Robertson y sus espías sabían claramente que si su engaño era descubierto, entonces en lugar de desviar la atención de Normandía y encadenar a las fuerzas alemanas en el paso de Calais, conducirían a los alemanes hacia la verdad, con consecuencias catastróficas.

Los espías del Día D no eran guerreros tradicionales. Ninguno llevaba armas, y sin embargo los soldados que sí las llevaban tenían con los espías una enorme e inconsciente deuda cuando asaltaron las playas de Normandía en junio de 1944. Estos agentes secretos lucharon exclusivamente con palabras e invenciones. Sus relatos comienzan antes del estallido de la guerra, pero después coinciden en parte, están interrelacionados y finalmente se entrelazan en el Día D, en la mayor operación de engaño jamás intentada. Sus nombres reales son un trabalenguas, una especie de bati-burrillo europeo que podría haber salido de una novela de época: Elvira Concepción Josefina de la Fuente Chaudoir, Roman Czerniawski, Lily Sergejev, Dusko Popov y Juan Pujol García. Sus nombres en clave son más directos y, en ca-

da caso, elegidos deliberadamente: Bronx, Bruto, Tesoro, Triciclo y Garbo.

Esta es su historia.

## 1

## Reclutas novatos

Dusko y Johnny eran amigos. Su amistad estaba basada en un aprecio compartido por el dinero, los coches, las fiestas y las mujeres, sin un orden especial y preferiblemente todos al mismo tiempo. Su relación, fundada casi por completo en la frivolidad, tendría un profundo impacto en la historia del mundo.

Dusan «Dusko» Popov y Johann «Johnny» Jebsen se conocieron en 1936 en la Universidad de Friburgo, al sur de Alemania. Popov, hijo de un rico industrial de Dubrovnik, tenía veinticinco años. Jebsen, heredero de una gran compañía naviera, tenía dos años más. Ambos estaban mimados, eran encantadores e irresponsables. Popov conducía un BMW; Jebsen un Mercedes 540K descapotable y sobrealimentado. Esta inseparable pareja de *playboys* internacionales estaban de jarana por Friburgo, y se portaban mal. Popov era estudiante de derecho, mientras que Jebsen se estaba sacando un título de económicas, lo mejor para dirigir la empresa familiar. Ninguno de los dos estudiaba nada. «Ambos teníamos ciertas pretensiones intelectuales», escribió Popov, pero éramos «adictos a los coches deportivos y a las chicas atléticas y teníamos suficiente dinero para mantener a unos y a otras funcionando».<sup>[9]</sup>